

Y toda aquella infancia

Dalí Corona



Retrato de Fernando Pessoa, José Sobral de Almada Negreiros, 1954, óleo sobre tela

La bici sigue la cleta
por una ave siempre nida
y una trom suena su peta...
¡Qué canción tan perseguida!
El ferro sigue el carril
por el alti casi plano,
como el pere sigue al jil
y el otoño a su verano.

Estos versos, que mi hijo ha memorizado a fuerza de escucharlos desde que era muy niño, pertenecen al poema “La bicicleta”, de Eduardo Polo, heterónimo de Eugenio Montejo. Estos versos maravillan, acaso por su modesta simplicidad y su decantado movimiento. Obsesionado con que mi hijo adquiriera desde muy pequeño el gusto por la literatura, dediqué mucho tiempo a leerle cuentos y poemas que podían sembrar en él, más allá del gusto por la lectura, la idea de que el mundo se construye y deconstruye a partir de lo que pensamos, imaginamos y llegamos desear.

Pero su gusto por la literatura no ha ido más allá de lo que a un niño, en circunstancias normales, le puede interesar; capotea sus lecturas de Verne y de Pinocho con su afición al fútbol y a los videojuegos. El consuelo que queda es que ahora podemos ver películas subtituladas sin la necesidad de leerle los subtítulos.

No obstante, en mi terrible obsesión por acercarle materiales que puedan ser asequibles, cada que me acerco a una librería busco textos que puedan ser de su agrado: novelas infantiles, cuentos para niños y libros de poemas con rimas. Si bien algunos libros han tenido un efecto satisfactorio, pocos son los libros que él atesora y que, cuando cree que no lo veo, hojea en la soledad de su recámara. Uno de esos libros es *Y toda aquella infancia...*, una selección de poemas de Fernando Pessoa traducida y prologada por Francisco Cervantes, su mejor traductor. Si bien Fernando Pessoa no escribió específicamente para niños, sí tuvo una relación muy particular con la niñez, por ejemplo, “Poema para Lily” está escrito a partir de la muñeca de su sobrina. De igual forma, muchos juegos retóricos a los que el poeta recurre son de una simplicidad, no por eso fáciles, que pueden ser perfectamente asimilados por cualquier persona.

Es suave el día, suave el viento.
Es suave el sol y suave el cielo.
¡Que fuera así mi pensamiento!
¡Ser yo tan suave es lo que anhelo!

El libro de Pessoa, publicado por la editorial Aldus y el Instituto Queretano para la Cultura y las Artes, está ilustrado por Fernanda Sordo y María José Sordo con algunas piezas desarrolladas con base en textiles, que conviven con los poemas de una manera espléndida y otorgan al lector una posible interpretación del texto.

Fernando Pessoa no escribió para niños, pero ciertamente sus poemas, sus poemas más propiamente líricos, lo hacen un autor que logra convivir con la verdadera patria del hombre, escribió Rilke. A lo largo de su vida, Pessoa se sirvió de varios heterónimos para decir y pensar aquello que le preocupaba y que, debido a su manera melancólica de existir —esto lo digo yo, si a alguien habrán de juzgar de tan tremenda afirmación debe ser a mí y a nadie más— le costaba trabajo expresar por él mismo. Así, en este libro encontramos a dos de sus heterónimos más conocidos, Alberto Caerio y Álvaro de Campos, ambos con poemas que muestran el contraste del autor y sus preocupaciones. Si al inicio del libro notamos a un poeta quizá infantilizante y juguetero, en la parte de los heterónimos se ve a un poeta con una carga conceptual más realizada, es decir, sus preocupaciones pasan de ser la observación del mundo al cuestionamiento de éste.

El Tajo baja de España
y el Tajo entra en el mar por Portugal.
Todo el mundo lo sabe.
Pero pocos saben cuál es el río de mi aldea
y a dónde va
y de dónde viene.
Y por eso, porque pertenece a menos gente,
es más libre y más grande el río de mi aldea.

Alberto Caerio

Sé muy bien que en la infancia de todo el mundo
hubo un jardín
particular o público o del vecino.
Sé muy bien que nuestro jugar era su dueño.
Y que la tristeza es de hoy.

Álvaro de Campos

Si bien estos poemas contienen una carga semántica distinta a los aparecidos en la primera parte del libro, también pueden leerse con la inocencia y el espíritu infantil que nos hace sorprender, lo mismo con la diferencia entre dos ríos, que con una reflexión acerca



Fernando Pessoa
Y toda aquella infancia...
México, Aldus, 2013, 70 pp.

de los jardines de la infancia; pero si vemos debajo de los versos, si vamos más allá de lo que linealmente dicen, nos encontraremos con que ambos poetas, Caerio y Álvaro, hablan desde otra altura, no apelan sólo a nuestra función estética, es decir, además de buscar cierto entendimiento en el plano semántico, buscan generar comunión. Todos, en efecto, conocemos un río, el Tajo, el Usumacinta, el Pánuco, pero casi nadie conoce nuestro río, aquel que habita en nuestra memoria y que conocemos por completo; todos recordamos un pedazo de jardín, propio o ajeno, un reducto de pasto tal vez en donde divertidos dejamos nuestra infancia, y nos sabemos tristes, sí, quizá desamparados, cuando nos damos cuenta que lo hemos perdido.

Y toda aquella infancia... es un libro de poemas concebido desde la idea del primer lector, diseñado para cualquier persona que quiera acercarse por primera vez a la poesía, pero en particular para que los niños pierdan el miedo a los libros y logren ver que el poema es capaz de convivir con ellos, de sumarse a su vida, de conocerlos.

Quizá el mayor valor de este libro es que demuestra que la poesía funciona en distintos niveles, no en uno más alto o más bajo, sino en momentos y circunstancias tan disímiles que el lector, cualquiera que sea, puede subirse al lomo de ese caballo desbocado que suele ser la poesía y cabalgar con él, como si uno hubiera nacido también en el establo. **ATA**